

## Francia: la prohibición del “burkini” y la esclavización de la mujer

**29 de agosto de 2016. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar.** Por un corresponsal en Francia. Las mujeres en todas partes se enfurecieron por un video viral que muestra a cuatro policías que rodean a una mujer sentada en una playa de Niza, y le hacen quitar su blusón de manga larga y su pañoleta. Esta escena, que hace recordar otras vulneraciones y humillaciones que sufren a diario las mujeres, no fue menos desagradable por el hecho de que el Estado francés hizo esto a nombre de luchar contra la “esclavización de la mujer”, como falsamente alegó el primer ministro Manuel Valls.

Los alcaldes de varias docenas de ciudades costeras citaron la “seguridad pública” como la razón para prohibir el “burkini” tras el ataque terrorista del 14 de julio en Niza, cuando un hombre conduciendo un camión arremetió contra una multitud que festejaba, matando a 86 personas. El burkini es un traje de baño que cubre todo el cuerpo de la mujer, salvo los pies, las manos y la cara, comercializado como una forma de permitirles nadar a las mujeres islamistas practicantes. La mentira es que toda mujer musulmana que se cubra de una u otra forma representa el islamismo, cuyo proyecto no sólo es practicar o promover la religión sino un gobierno religioso. En realidad esta prohibición tiene poco que ver con el supuesto laicismo de Francia o con la religión.

Las nuevas normas —que proscriben no solo atuendos religiosos sospechosos en la playa sino incluso “nadar vestidas”— se aplican únicamente a las mujeres, no a los hombres, y nunca a los que utilicen símbolos de otras religiones. Cuando la policía abordó a una joven mujer que vestía unos jeans y una pañoleta en Cannes, ella les preguntó si también estaban inspeccionando a otros bañistas por llevaban símbolos religiosos como una cruz o una kipá judía. Le ordenaron abandonar la playa inmediatamente.

Según medios franceses, en varios incidentes algunos individuos y últimamente grupos se han unido a la policía, gritando: “Este es un país cristiano”, “Lárguense a su país”, y demás veneno racista y antiinmigrante contra las jóvenes. Esta fea situación no se puede considerar un “debate”, como la llamó el primer ministro en respaldo a alcaldes que desafían una decisión del máximo tribunal francés sobre tales asuntos. (El fallo del tribunal, que sentó un precedente, es que no se han planteado argumentos válidos que sustenten por qué el que alguien se cubra la cabeza o el cuerpo en la playa amenaza la “seguridad pública y la protección del orden, la salud y las buenas costumbres”, como se ha alegado). De hecho, el gobierno francés a todo nivel está atizando un ambiente históricamente anti-musulmán y racista de linchadores, con un trasfondo sumamente misógino.

Líderes de los principales partidos políticos franceses han dejado en claro que el si se proscribe o no y cómo las señales públicas de creencia islámica se están convirtiendo en el centro de la conflictiva política francesa. El expresidente y posible futuro presidente Nicolás Sarkozy, buscando recoger tanto la base política del populista Frente Nacional como la acomodada derecha católica tradicional, califica al burkini una amenaza contra la “identidad cristiana” (a veces “judeo-cristiana”) del país. Por su parte, el primer ministro del Partido Socialista lo califica de una “amenaza al laicismo”. Discrepa del llamado de Sarkozy a cambiar la constitución para que la nueva legislación prohíba manifestar en público la creencia islámica. Haciendo caso omiso de la legislación y de las advertencias de otros ministros de que echarle leña al fuego podría propagar la destrucción en direcciones impredecibles, incluyendo su mismo partido, Valls hizo eco de líderes de la desvergonzada derecha fascista al considerar la vestimenta islámica como una “provocación” —un acto desafiante de los hijos y nietos de los inmigrantes de colonias y neocolonias francesas desagradecidos con la “civilización” francesa.

Toda la gente que votó por el Partido Socialista simplemente para parar al Frente Nacional y a Sarkozy deben haberse desorientado al ver al primer ministro socialista pugnar por encabezar la andanada contra los musulmanes. Sin embargo, su justificación de que el burkini “esclaviza a la mujer” parece haber confundido la cuestión para alguna gente, porque hay algo cierto en esta acusación.

Es detestable que el reaccionario Estado imperialista francés —o de hecho cualquier Estado— les diga que usar a las mujeres cuyas opciones de vestir han sido condicionadas durante milenios por la supremacía masculina. Pero no es cierto que el burkini, o el burka (que cubre todo el cuerpo y la cara) o incluso el hiyab (velo) sean simples opciones de moda sin contenido político o ideológico. La regla religiosa de ocultar el cuerpo femenino de la mirada masculina —o más exactamente de los ojos de un hombre distinto al que pertenece, y considerar la sexualidad de la mujer como una amenaza al orden social a menos que la mujer esté bajo una autoridad masculina específica— es una expresión explícita de patriarcado, el dominio del esposo sobre la mujer y los hijos.

La familia patriarcal surgió hace miles de años, junto con otras formas en las que las diferencias entre seres humanos se convirtieron en relaciones opresivas, y surgió el Estado para hacer valer esas relaciones. Las formas de relaciones patriarcales, las ideas patriarcales y la supremacía masculina en general han sido completamente asimiladas y continúan profundamente arraigadas en las sociedades imperialistas más “modernas”.

Es verdad que muchas jóvenes de origen musulmán en países imperialistas deciden cubrirse de una u otra forma como un gesto de desafío, sintiendo así que están defendiendo una identidad tanto impuesta sobre ellas como estigmatizada por una sociedad totalmente opresiva. Pero, independientemente de sus intenciones, el hiyab y los demás constituyen un símbolo de sumisión a la autoridad masculina. Si no, si estas ropas no indican si quien las viste pertenece al sexo dominante o al dominado, ¿por qué deben usarlas únicamente las mujeres?

Esta lógica aplica a todas las grandes religiones, todas irremediabilmente patriarcales. Pero esto no se reconoce en Francia por razones políticas. Por ejemplo, el judaísmo es también sumamente patriarcal. A las mujeres que siguen estrictamente sus normas les exigen cubrirse, aunque no siempre en formas obvias (usar una peluca en vez de un hiyab, muchas judías practicantes utilizan una pañoleta y la policía francesa no las molesta). La vestimenta judía ortodoxa marca de forma notoria tradicionales roles de género patriarcales, pero por fortuna hoy ya no se ve como una cuestión policial en Francia. ¿Por qué sí lo es la vestimenta musulmana?

Uno de los elementos más esenciales para entender esta situación es que aunque las formas de opresión a la mujer pueden ser muy diferentes en sociedades diferentes, la opresión a la mujer es una característica fundamental e indeleble de todo el sistema imperialista global. A veces la religión juega un papel diferente en la vida cotidiana de la gente en el puñado de países que han acumulado riqueza a costa de la inmensa mayoría de los seres humanos del planeta, en comparación con los países que estos imperialistas dominan. Pero el patriarcado es un pilar de todas las grandes religiones y las relaciones sociales, valores, tradiciones y moral incluso en países donde se ha separado la iglesia del Estado, de los que Francia se considera el ejemplo más avanzado.

Defendiendo su respaldo a la prohibición del burkini, el primer ministro Valls dijo que la igualdad entre el hombre y la mujer es el sello de la república francesa desde la revolución de 1789. Esto simplemente no es cierto. Hasta 1965, los hombres franceses eran los guardianes legales de sus esposas, que no podían trabajar ni abrir una cuenta bancaria sin el permiso de sus maridos. Los hombres podían violar legalmente a sus esposas hasta 1990. Durante la década siguiente las mujeres finalmente lograron la igualdad legal. Pero en realidad, siguen siendo el sexo oprimido en todas las formas posibles.

Por ejemplo, véanse los diferentes roles que juegan hombres y mujeres en la crianza de los hijos, lo que en general fija los términos sobre cómo viven su vida. Ya sea que se queden en casa o contraten a otra mujer para ayudarles o que traten de arreglárselas lo mejor que puedan, nadie puede negar que abrumadoramente son las mujeres las que tienen la responsabilidad de criar a los hijos. Un factor es que muchas escuelas primarias públicas de Francia cierran parte o todo el miércoles, un arreglo que originalmente buscaba que la iglesia influenciara a los niños ese día. Otro es que el año escolar está lleno de feriados, principalmente festividades católicas. Hay soluciones disponibles para las más adineradas y suertudas, pero todo esto tiende a confinar a la mujer a trabajos tradicionales para mujeres para que puedan tomarse el miércoles libre, etc., y se justifiquen los bajos salarios. Esta realidad material está reforzada por la presión social y el perdurable asidero de las ideas patriarcales, en particular el legado de los “valores familiares” católicos (no menos patriarcales que el islam y el judaísmo) y la persistente influencia social, ideológica y política de la iglesia católica hoy, tanto en su autoridad directa como en su más amplia y por lo general indiscutida influencia.

En cuanto a la capacidad de la mujer para decidir si tener hijos y cuándo, aquí el alcance de la influencia de la iglesia es más directo. Observadores informados dicen que la prohibición del aborto luego de las doce semanas de embarazo es resultado de un acuerdo entre el Estado francés y la iglesia. Es difícil buscar otra explicación —no hay explicación médica o ni siquiera una exigencia pública para este límite. Cuando esto se combina con la dificultad para una cita médica oportuna, resulta que en un país donde el aborto es gratuito, con frecuencia las mujeres tienen que viajar a costosas clínicas privadas en otros países. Una situación similar prevalece en términos de la herencia para la mujer, donde la ley estipula igualdad pero las circunstancias sociales reales y la tradición pueden combinarse para hacer sumamente complicada esta cuestión para las mujeres.

Estos son ejemplos de relaciones opresivas completamente incorporadas en la organización económica y social de esta sociedad. Éstas no se pueden eliminar sin una revolución para transformar radical y profundamente la sociedad en su conjunto. Estos cambios no son posibles bajo el capitalismo, donde la riqueza creada por toda la sociedad (y ahora a nivel global) es propiedad privada de un puñado de explotadores trenzados en

una competencia de vida o muerte entre sí. Además, sólo una revolución y una visión capaz de emancipar a toda la humanidad, y decidida a hacerlo, pueden desencadenar, dirigir y respaldar plenamente a mujeres y hombres a desafiar y superar las ideas y prácticas esclavizadoras que surgen y son reforzadas por estas opresivas relaciones.

Si hay un país en el que las mujeres son juzgadas según su habilidad para complacer al hombre, ese país es Francia. Puede que a las mujeres no les guste y algunas tratan de excluirse de esto de diferentes maneras, pero esa es una característica básica de la que ninguna mujer puede escapar totalmente, y que el establecimiento político e intelectual respalda casi por unanimidad. No solo se trata de que utilicen el cuerpo de la mujer para vender todo lo imaginable y a ellas mismas, significa que visualmente y a menudo físicamente estén disponibles para los hombres. El líder del Partido Socialista y ex director del Fondo Monetario Internacional, Dominique Strauss-Kahn, muy probablemente hubiese sido el presidente de Francia hoy si no lo hubieran arrestado por violación en Nueva York. Sin embargo, su comportamiento desde siempre —como orgías con prostitutas a las que asistían otros hombres prominentes, y sexo violento y forzado— fue ampliamente aceptado como una expresión de la “libertad” sexual moderna. Es decir, para los hombres.

Si bien nadie puede predecir qué vestirá la gente en la playa —si es que vestirá— luego de que los cuerpos y las mentes humanas sean liberados de los grilletes de la opresión y explotación, lo que sí es seguro es que en las sociedades actuales, tanto a cubrir como a exhibir el cuerpo de la mujer, a burkinis, bikinis y lo que sea, les da un contenido el hecho de que la mujer es el sexo oprimido.

A falta de una revolución, ninguna opción personal puede cambiar eso. Ni siquiera la muy positiva oposición a esta presencia tipo Gestapo en las playas francesas, como la manifestación frente a la embajada francesa en Londres donde mujeres y hombres amontonaron arena y retozaron utilizando toda clase de vestimenta y hasta desnudos, podría llegar mejor a la esencia del asunto con una comprensión más clara de la relación entre las decisiones individuales y la organización de la sociedad y sus instituciones prevalecientes.

Pero esto no significa que las decisiones individuales no sean muy importantes para los individuos y la sociedad. Antes, durante y después de una revolución juega un papel vital un movimiento revolucionario de gente que defienda y sea modelo de los valores y el comportamiento que solo el derrocamiento del viejo Estado y la completa transformación de la sociedad, y en últimas el mundo, permitirán florecer plenamente.

El argumento de que el Estado francés está librando una guerra contra los códigos de vestimenta islámicos para impedir la esclavización de la mujer es solo un ejemplo más de la repugnante hipocresía al servicio de los intereses imperialistas. En vez de representar algo que pueda liberar a las mujeres de Francia de todas las formas en las que están esclavizadas, esto equivale a escandalizarse por la dominación de las mujeres musulmanas por los hombres musulmanes sólo para que estas mujeres sean obligadas a aceptar las formas de opresión que la patriarcal sociedad imperialista francesa considera apropiadas. Míresele como se le mire, en este contexto, la prohibición del burkini es una atribución flagrantemente patriarcal sobre el cuerpo de todas las mujeres.

Esta también es otra forma más en que el imperialismo da lugar y alimenta al fundamentalismo islámico, cuyos crímenes utilizan los imperialistas para justificar sus propios crímenes a una escala mucho mayor. Es inseparable de la excusa de la “lucha contra el islamismo” utilizada para justificar una creciente presencia militar francesa en sus antiguas colonias en África occidental, donde el islamismo no hubiera surgido como lo hizo sin la desgracia para el pueblo producida por el neocolonialismo y todos los males asociados con éste. Y ni hablar de las ansias francesas por intervenir militarmente en el norte de África y Siria.

En vez de salvar a Francia de los fundamentalistas islámicos yihadistas, el Estado francés y sus representantes en disputa les están dando un gran regalo: la potencial polarización con la que los yihadistas han soñado y por la que han trabajado, el objetivo político tras sus totalmente despreciables ataques terroristas contra civiles, especialmente en Francia. Una polarización en la que mucha gente del fondo de esta sociedad o marginada en otras maneras ve en el fundamentalismo islámico su propia redención de una sociedad moralmente en bancarrota y sumamente hostil que, a pesar de sus pretensiones de garantizar los derechos de los individuos, aplasta a tanta gente en el país —y hasta les niega un hogar— y realiza un abierto terrorismo en sus guerras de dominación de pueblos en el extranjero. □